



Santiago Dimas Aranda

Una noche en el exilio

Eran los años posteriores a la derrota. La represión era a muerte. Arreciaban los saqueos. La vida en la clandestinidad y el ulterior destierro acabaron despojándonos de todo, absolutamente de todo, tal el avieso designio de los vencedores. La situación de mi familia y la mía no podrían tener comparación.

Al segundo año del penoso exilio se nos presentó el anuncio de un nuevo nacimiento, el de nuestro cuarto hijo. Yo continuaba sin trabajo. Si lo encontraba, no me aceptaban por carecer de cédula argentina. De las changas, tan esporádicas, sólo obtenía migajas. Al no poder afrontar un alquiler, habíamos decidido ocupar un predio baldío que estaba en venta, y clavar allí la vieja carpa que, por suerte, habíamos traído del Paraguay. Luego pasaron los meses, y las presiones de la empresa vendedora se acentuaron, viéndome obligado finalmente a prometer en firme la compra del terreno y el primer pago ni bien comenzaba a trabajar. A regañadientes, me consintieron, tal vez sólo porque se vivía una época en que nada se vendía salvo que fuera a largo plazo, y a los ocupantes de un baldío no se los podía expulsar sin antes reubicarlos. Lo determinaba una ley justicialista para bien de los sin techo y fastidio de los propietarios.

En la empresa inmobiliaria me concedieron una gracia de tres meses a cambio de mi promesa de compra por escrito. De paso me informaron acerca de una fundación que otorgaba ayuda a exiliados políticos. Y allá me presenté. Conseguí chapas de fibrocemento y maderas para armar una habitación precaria. Me dieron, además,

noticias sobre un posible trabajo en cierto alejado lugar de la provincia. Tomé nota. No me importaba lo lejos que estuviera. [122]

De inmediato fui a buscar los materiales. Los retiré de a poco, transportándolos a hombro y utilizando subrepticamente los estribos de los vagones ferroviarios. En una semana, armada la habitación, saqué a mi familia de la inmundicia carpa.

No teníamos cama, ni mesa, ni sillas. El piso era de tierra sin aplanar. Pero ya teníamos techo.

Salí en busca del trabajo que me anoticiaron. Era en Boulogne Sur Mer, a noventa minutos de viaje. Y esta vez lo conseguí. Por lo menos, conseguí que me pusieran a prueba. Ésta me tomó el día entero. Recién hacia las nueve de la noche estuve de regreso, llegando a casa en el momento justo en que a mi mujer le comenzaba el trabajo del parto. Sin atinar qué hacer, corrí hacia el vecino más cercano, distante cuatro cuadras, a través de baldíos y baldíos. El hombre de la casa me dijo que el único servicio de maternidad más próximo estaba a una hora de viaje, en Adrogué. Volví junto a mi mujer cuando ya el feto por momentos se hacía visible y aparentemente pronto a nacer. La madre daba gritos desesperados. Sin pensar más, me arremangué, prendí el Primus, puse una lata grande con agua al fuego, y me dispuse a emprender la función que jamás había soñado. Alguien debía hacer de partero. Alguna noción tenía, alguna intuición acaso, algo aprendido tal vez de los animales que había visto parir allá lejos, en mi aldea natal.

En medio de la desesperación, pude darme cuenta que cuando la pobre madre pujaba, no era la cabeza del feto la que se hacía visible sino su nalga. ¡Dios mío! ¡No podría nacer jamás! Y de repente, ¡zas! Se me hizo la luz. Bien tendidos los dedos, introduje con sumo cuidado las manos por ambos lados de la nalga que se entrevía. La madre ya no tenía voz. Gritaban los niños al otro lado de la improvisada cortina. Estaban traumatizados por el drama que vivíamos.

Traté de asir al feto por las ingles, pero tanta viscosidad me obligó a desistir. Entonces, perdido por perdido, y no quedándome [123] otro remedio, tomé una toalla, me enguanté con ella, y así, con toalla y todo introduje de nuevo las manos, cacé al feto y, ahora sí, lo arranqué del cuerpo de la madre como un rojo tapón. En ese momento sentí un crujido en la espina dorsal del niño que me vibró entre las manos y me produjo una punción en el cerebro. Estaba casi seguro de haber matado a mi hijo. La madre no se percató. Ella se había desmayado. Pero no pude auxiliarla. Tenía que asegurarme de si el niño realmente había muerto, y me aferré a él. Y digo al niño, porque era varón. No podía respirar ni llorar. Le quité con la toalla el semilíquido viscoso que le cubría el pequeño rostro, le liberé la nariz y la boca, lo icé de las piernas, le di una fuerte palmada en la espalda, ¡y ahí pegó un alarido! Sufrí un ataque de risa y llanto al mismo tiempo. Mis demás niños, impresionados por el grito del bebé, cesaron de llorar y gritaron de contentos. La madre, creo que gracias a tanta bulla, despertó del desmayo y lloraba, lloraba de alegría y dolor.

No sé cómo hice para cortar el cordón umbilical y si lo cautericé, pero creo haberlo hecho. El niño estaba libre de cordón, y vivo. Mi satisfacción era completa. Inexplicablemente, no sobrevino hemorragia.

Esa tragedia en una fría noche de exilio, huérfanos de toda solidaridad, como perfectos animales, había de marcarnos para siempre. Tan crudo episodio en las condiciones que lo soportábamos, me indujo a pensar en el regreso a la patria sea como fuera. Aun en la cárcel de la dictadura, difícilmente la vida había de ser peor que esa que veníamos pasando en el exilio. Así pensaba en aquella crucial coyuntura.

Acababa de nacer mi cuarto hijo. Tres de ellos nacieron en la clandestinidad; el cuarto, en el destierro. Pero el propósito de volver a la tierra natal «sea como fuera», tal se me ocurriera esa noche, no habría de ser posible por mucho tiempo. Los niños dejarían de serlo y harían su vida, ésta sí «sea como fuera», hasta llegar a la mocedad y cada cual pelear por su propio destino, esto también «sea como fuera». [124]

Ojalá, en el futuro, nunca más tenga lugar una noche como aquélla en un exilio como aquél. Ojalá los paraguayos nunca más destruyan su imagen destruyendo la vida del hermano sólo por ser parte de un partido de color diferente, o por elegir, para la vida de la sociedad, caminos diferentes.

Ojalá, pese a que el exilio no termina en la simple saña política y subsiste en la búsqueda, tras las fronteras, de una vida más justa y más humana, disminuya por lo menos su efecto tan destructivo y deformante, y alguna vez la justicia deje de ser sólo una figura demagógica que decora discursos oportunistas y malintencionados.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo